Teatro de La Abadía
Madrid

La Zentralita

25/11/2026
Asier Albertos

LA IRA DE NARCISO: un thriller a caballo entre la realidad y la ficción

DE SERGIO BLANCO CON DIRECCIÓN DE XAVIER ALBERTÍ

¿Qué ocurre cuando dejamos de distinguir entre aquello que hemos vivido y aquello que hemos imaginado? ¿En qué momento el deseo deja de ser deseo para convertirse en obsesión? ¿hasta dónde somos capaces de llegar cuando nuestra propia identidad empieza a confundirse con la historia que nos contamos?

La ira de Narciso, del dramaturgo Sergio Blanco, llega al Teatro de La Abadía como un thriller autoficcional que juega constantemente con los límites de la realidad, la ficción y la construcción de la propia identidad. Una propuesta que encuentra en su texto un enorme motor y que consigue mantener al espectador dentro de un relato tan intrigante como inquietante.

Un hotel en Liubliana, una ponencia universitaria sobre el mito de Narciso, un museo de ciencias naturales, carreras por el bosque, encuentros sexuales furtivos con desconocidos, conversaciones aparentemente insignificantes y unas manchas de sangre en la habitación. Elementos que, poco a poco, van construyendo una atmósfera en la que algo huele a tragedia. Y es precisamente esa sensación de que algo no termina de encajar la que sostiene buena parte del interés de la función y su ritmo.

La dramaturgia de Blanco tiene algo especialmente atractivo: consigue convertir una narración aparentemente cotidiana en un juego de sospechas, asociaciones y contradicciones. El espectador comienza escuchando una experiencia personal y termina cuestionándose cuánto de lo que está viendo es verdad, cuánto pertenece a la imaginación del protagonista y cuánto es una construcción deliberada para mantenernos dentro de su propio laberinto.

Rubén de Eguía sostiene prácticamente en solitario toda la función. Un intérprete, un micrófono en la mano y una narración que va transitando entre distintos personajes, situaciones y estados emocionales. No necesita grandes transformaciones externas para cambiar de identidad. Es precisamente a través de la gestualidad, la mirada, la voz y las modificaciones de su presencia corporal donde encontramos las claves de cada tránsito.



Me interesa especialmente cómo trabaja la concreción de esos estados. Cómo pasa de la serenidad y la aparente seguridad del conferenciante a una intimidad mucho más vulnerable. Cómo, en determinados momentos, aparece una inquietud que va contaminando progresivamente todo lo que cuenta. Hay un trabajo de precisión en los cambios de energía y en la manera de colocar el cuerpo frente al relato. No estamos ante una interpretación en la que un actor entiende que cada pequeño cambio puede modificar por completo la lectura de una situación.

Su gestualidad acompaña la palabra, pero también la contradice y la amplía. Un intérprete con una capacidad especialmente interesante para captar y sostener la atención durante todo el recorrido de la función. Mantener esa atención e interés por parte del espectador en una función que no presenta un ritmo frenético, ni demasiados elementos a los que aferrarse es tremendamente complicado y digno de admiración.

La propuesta de Xavier Albertí apuesta por una puesta en escena muy contenida, en la que el espacio deja margen para que sea la propia imaginación del espectador la que construya los lugares, las situaciones y las imágenes que plantea el texto. Una habitación de hotel, un bosque o un museo aparecen fundamentalmente a través de la palabra. Sin embargo, algunos de los elementos escénicos que aparecen tienen una función más simbólica que verdaderamente narrativa. No terminan de aportar demasiado a una historia que ya se explica por sí sola y que encuentra en la interpretación y en la escritura sus herramientas más potentes. En ocasiones, menos elementos habrían permitido confiar todavía más en la capacidad evocadora del texto.

La obra utiliza el mito de Narciso como punto de partida para hablar de algo mucho más amplio que el simple enamoramiento de la propia imagen. Habla de cómo nos construimos, de cómo nos observamos y de cómo necesitamos al otro para reconocernos, incluso cuando ese otro termina convirtiéndose en una proyección de nuestros propios deseos o miedos.

La sexualidad, la soledad, la pulsión, la muerte y la obsesión aparecen entrelazadas en un relato que va perdiendo progresivamente su aparente inocencia. Lo que empieza como una estancia en un hotel y una experiencia personal acaba adquiriendo una dimensión mucho más oscura.

Una propuesta que nos recuerda que, a veces, lo más inquietante no es aquello que vemos, sino aquello que somos capaces de imaginar.